

COMBATE

Agosto de 1808.

DEL DIA QUATRO DE JULIO

EN LAS CALLES DE ZARAGOZA.



Despues que los Franceses, á fuerza de combates y choques parciales, y de pérdida de mucha gente, lograron arrimar sus baterías á tiro de pistola de la ciudad, ó dentro de sus mismas calles, comenzaron á batir la puerta de Santa Engracia, y tapias inmediatas entre esta y la torre del Pino con una batería de catorce cañones, los mas de á 24. Amparados estos del camino cubierto (que es el grande acequion que se dixo habia desde la Huevra hasta San Joseph) y del gran terraplen hacia la parte de la ciudad, con troneras sobre él de sacos de tierra para resguardo de su fusilería, hicieron tan terrible fuego sobre los impertérritos sitiados, que mas parecia salir del infierno que de los fusiles y cañones. Entre tanto, desde la torre de la Bernadona, que cae entre San Lamberto y el castillo, llovian en la ciudad infinitas granadas y bombas sobre bombas, capaces de aterrar otro espíritu menos alentado que el aragonès. Pero los nuestros, entre la humareda y llamaradas de las casas que ardian, y el crugir de las que se desplomaban, entre el estruendo y estrago del cañon, que hacia prechas irreparables en las tapias, lejos de abatirse, corrian á patrullas á oponer sus pechos de diamante por murallas. Muy alto dia era, quando todavía contrabalanceaban y disputaban la entrada al enemigo. Pero siendo los nuestros muy desiguales en número, situacion y bocas de fuego, despues de quedar muchos envueltos en la ruina de las tapias, se vieron precisados á recogerse á la gran calle del Coso. Dueños de la entrada los Franceses, hicieron desfilar quatro mil de su mas escogida tropa, que pocos dias antes envió Bonaparte para el intento; tan gallardos y terribles mozos, que decian los de Cerezo, que hubieran dado gozo, si no fueran Franceses. No empero por eso temieron ellos batirse brazo á brazo con semejante raza. Era el plan del enemigo, tomado el Coso, dividirse en tres columnas desfilando

2
cada una á la izquierda y derecha de la calle, y la del centro penetrar por la de San Gil, para salir á la plaza de la Seo y puerta del Angel. Pero esta, equivocando la calle, tomó la de Cineja que estaba de frente, y tropezando luego con otras subalternas mas estrechas, que cruzan por una y otra mano, y repelidos por los que las defendian, hubieron de retroceder al Coso. No así sucedió á las que marchaban contra la Magdalena y Mercado. Engeidas é insultantes por la ninguna resistencia que se les hacia, iban cantando ya: *Sarragosse est nostre*. En esta disposicion se hallaban, quando Verdier y Lefebre metidos ya en Zaragoza, escribieron á Palafox este parte: *Paz y capitulacion*. Lefebre. Quartel general de Santa Engracia. A que contestó nuestro invicto Gefe; *Guerrea y cuchillo*. Palafox Quartel general de Zaragoza. Y mandó enarbolar un estandarte rojo con blanca cruz en la Torre nueva, para avisar á los Guardias valonas y españolas que venian de la otra parte del puente, de que todavia se mantenian nuestra la ciudad; y á la parte de los franceses una tambien encarnada, para que no se cansasen en levantar la blanca. Llegaron pues las dos columnas acrecentadas con la del centro á la plaza de la Magdalena, y casa de las monjas; y entonces fue, quando los terribles leones de los Voluntarios, con mas saña cada uno que todos los del Africa, unidos á los Miqueletes y Compañias de Cerezo, hicieron aquel estrago que será memorable mientras haya Coso en Zaragoza. Viéronse estos valientes presentar su denodado pecho á la descubierta contra los fusiles y cañones de los vandidos. ¡Qué presto se vió cubierto el Coso de sus cadáveres! No quedaron mejor los que llegaron á la Magdalena. Aquellos esforzados Patroquianos, trayendo en un cerrar y abrir de ojos un cañon de la batería de la puerta del Sol, hicieron á boca de cañon dos descargas tan á punto y atinadamente, que no fue menester mas para barrer toda la columna hasta las piedras del Coso; y hubieran concluido enteramente con ella, si los escombros del derruido Seminario hubieran dexado obrar á toda la metralla; pero suplieron las bayonetas quanto perdonó el cañon. Quedan ya pocos enemigos en el Coso: y estos para ofender y no ser ofendidos, se metieron en las casas, y rompiendo con los picos las paredes, se extendian por dentro de ellas, como hicieron por la calle. Enseñoreados de esta nuestros Vo-

Voluntarios, á quienes el Francés cobró un terror pánico, se encontraron á poco tiempo con los paisanos, sin tener con quien esgrimir su bayoneta, que al último era el único instrumento que jugaban. Era este modo de chocar muy desigual para el enemigo, que jamás experimentó tal contraste. Y á la diligencia con que los nuestros degollaron, é hicieron montones de cadáveres, debieron los caribes que quedaron con vida, su salvamiento: porque impedidos los nuestros de poder abanzar en su alcance, tomaron aquellos asilo en las casas, de donde renovaron un vivísimo fuego sobre los que, olvidados de su defensa propia, esparcian el estrago y la muerte en los que se tenían por invencibles. No les duró largo rato el gozo á los que metidos en los edificios se juzgaban inaccesibles. Los Voluntarios que les habian jurado muerte y desolacion, tomando la parte opuesta de la misma hacera, practicaron la propia diligencia de derribar paredes y tapiques hasta dar con ellos. Sorprehendidos los esclavos de Bonaparte con tan inesperado encuentro, y llenos de horror al mirar y experimentar la irresistible bayoneta de los Voluntarios, comenzaron á tirarse por los balcones, á manera de gorriónes que espantados saltan de un granero. Ya desde esta hora no les quedaron mas que piernas para replegarse precipítadamente á San Francisco, donde se mantuvieron hasta el dia de su cobarde y vergonzosa huida. Allí se hicieron fuertes, porque pusieron una bateria en la grande Iglesia, en la Capilla de Santo Domingo, que viene frente al Coso, por las dos grandes Puertas que hay para salir de la Iglesia á la Capilla de la Sangre de Christo, y de esta á la calle. Sin embargo de hallarse tan resguardados, habiendo tomado Iglesia los de la tierra baxa, se les ponian frente á frente, y con los sombreros en ademan de llamarlos, les decian: salid, infames; cobardes del demonio, salid, y vereis quiénes son los que llevan sayetas por calzones; y al mismo tiempo les hacian tan vivo fuego de fusil, como lo muestran las puertas y paredes todas acribilladas á balazos. Mas no por eso se picaron los rolachines que una vez probaron el rigor de sus tostados y velludos brazos.

Mientras que esto sucedia en el Coso, otra columna enemiga forzó la puerta del Carmen, y entró como un torrente hasta la esquina del huerto de la Encarnacion, que dobla á la plaza de Convalecientes, y en ella colocaron su bateria

4
frente á la que hacian al extremo de la plaza los Guardias españolas y valonas, que defendian aquel punto, á tiro de pistola. Tremenda fue la lid á tan breve distancia. Juzgando los Franceses que era imposible á los Guardias sostener aquel puesto, antes de romper el fuego, les pusieron bandera blanca, combidándoles con ventajosísimas capitulaciones. ¡ Con qué gentecita las habian, para creer que vendiesen tan barato su honor y vida! A menos se tuvieron aquellas grandes almas contestarles de palabra. Ya que su desgracia los reduxo á la miseria de no tener una sola bandera, echaron mano de un pedazo de esterliz, y le pudieron teñir siquiera la mitad con una cosa que parecia roja, y escribiendo á toda prisa: **MORIR O VENCER POR FERNANDO VII.** lo metieron sobre un baston, é hincaron en un saco de la batería, y á un mismo tiempo rompieron horrendamente todos los cañones de ella. Desesperado fue el furor con que contestaron los Imperiales, al verse abochornados con tal respuesta. No parece sino que todo el corage y aliento español y francés se reunieron en aquel punto. Creyeron todos, al escuchar tal estruendo, que Zaragoza se desplomaba. A lo menos aquellos fuertes y antiquísimos edificios del Cármen, Convalecientes y San Ildefonso, ò vinieron á tierra, ò quedaron tan maltratados, que será preciso para su seguridad levantarlos desde sus fundamentos. Tan recia fue la pelea de una y otra parte. Pero últimamente los vencedores del Norte, ò quedaron mordeiendo tierra al pie de la nueva bandera, ò dieron pruebas de que tenian piernas para huir del aspecto de aquellos incomparables Guardias, que no se crian en los helados peñascos del Septentrion. El trapo con honores de bandera todavia se conserva metido en el mismo talego, y lo guardan enarbolado nuestros defensores como el mas noble trofeo de su victoria. Cosa bien digna de reparo haber huido las águilas imperiales, amilanadas de aquel andrajo, con mas precipitacion que las aves de los espantajos que se ponen en los árboles para defender la fruta. Tuvieron á bien guarecerse en el Cármen, sin tener valor de unirse á otra division suya que se descolgò por el Juégo de pelota y plaza del Cármen al Azoque, hasta cerca del Colegio de la Escuela Pia. Abanzaron tanto, porque no hubo quien hiciera resistencia. Hicieronse dueños de Santa Rosa, Quartel de Miñones (donde no habia

ninguno, por hallarse todos en el Coso) y del Convento de Santa Fe que està de frente. Poco tiempo se gozaron de su posesion y de las rigezas que de allí sacaban. Don Santiago Sas, aquel esforzado Capellan que en el primer ataque salió à parlamentar à las eras del Castillo, volò de de el pòrtillo con dos Compañias de la gran Parroquia que llevaba à su mando, al socorro del Colegio, donde antes solia pasar un rato de humor con sus individuos, y à impedir que por las Estrévedes se diesen la mano con los del Coso, ò penetrasen hasta el mercado. En tan buena sazon arribò por la Castellana, que al doblar la esquina de la torre de la Escuela Pia, topò con el Comandante francés, y lo atravesò con su mismo sable. Inmediatamente sus comparroquianos cargaron tan de recio sobre los devastadores, que al primer embate los hicieron ceder otra vez hasta Santa Fe, dexando la calle sembrada de cadáveres; se tira en seguida con todo el ímpetu de su cólera sobre el Quartel de Miñones y Santa Fe; rompe puertas y atrancaduras; y en cada uno de estos edificios forma un campo de batalla, y logra desalojarlos enteramente, siendo 17 los que solo al golpe de su vengadora diestra quedaron víctimas de su encono. Libre ya todo este terreno de tanta sabandija, concibe el alto proyecto, y lo executa de batirse brazo à brazo con un Batallon, que encima de Santa Rosa, y ya cerca del Carmen, levantaba una batería. Funestas é irremediabiles fueran las consequencias, si logra tal intento el enemigo; pero con un fuego granado y bien so tenido desbarata enteramente su plan, à pesar de que para llevarlo à cabo, desde un lado de calle à otro por los balcones colgaron los defensores porcion de colchones ensartados en una sogá, para que sirviesen de pantalla à los que trabajaban. No hay palabras con que ensalzar tan heroica empresa: ver como un puñado de gente con solo el fusil imposibilita todas las manobras del enemigo, haciendole abandonar el puesto y dos cañones. Fatigados ya de tanto trabajo y carnicería, se apostan en Santa Rosa, desde donde, como de una fortaleza, impiden los ulteriores progresos de los bárbaros, sin embargo del espantoso fuego à que entregaron todo el barrio aquellos fieros horrentotes. No era este el único riesgo á que se exponian, conservando aquella posicion, que no podia abandonarse hasta la última desesperacion. Como de la Puerta del Carmen que

era suya, no se podia hacer daño à los de afuera, sentaron en Capuchinos quatro morteros y otros cañones de grueso calibre, que con bomba y bala rasa batian miserablemente à la imperturbable Ciudad. Lejos con todo. D. Santiago de abandonar el puesto, aun pensò enviar porcion de sus pocos leones en socorro à los del Coso. Efectuolo, dirigiéndolos por el Azoque y la Mantería à desaloxar al enemigo, que estaba renitente en el Arco de San Roque. Aquí es donde el inimitable Barbastrense Don Felipe San Clemente eternizó su nombre, haciéndolo correr en adelante à la par de los mas ardientes defensores de la Patria. Ay! que una congoxa quasi mortal me hace caer la pluma de la mano. Me angustia la memoria amarga de que aquí fue herido de muerte el Héctor, por quien mas de una vez se mantuvo la nueva Troya. Maldita mil veces la infernal mano, que le asestò tan aciago golpe. Pero gracias infinitas à la que parece hace alarde hoy dia mas que nunca en tonar baxo su amparo à sus queridos Ziragozinos y Aragoneses, que tanto se interesan en la inviolabilidad de su sagrado Pilar. Es Madre, y no puede echar en olvido à unos hijos que tan fervorosamente la llaman. Se acuerda, que durante el sitio y cruel bombeo, en ninguna parte se creían mas seguros que al arrimo de su Columna, y no cabiendo en su vasto templo las Matronas ziragozanas, lo extendieron al inmenso àmbito de su plaza, y puestas de rodillas, tendidos los brazos y vista hacia el sitio de su eterno solio, las cubria con su impenetrable manto, y ponía à cubierto de todo contratiempo. Perdóneseme la digresion, que viene bien esto con lo que acaba de suceder con Don Felipe San Clemente. Estaba ya desahuciado de su importante vida, y acabo de recibir aviso, de que habiéndose encomendado de veras à nuestra Madre Aragonesa, los Físicos le dan escapado del apuro. Este pues, con parte de Voluntarios y de la tierra baxa, y los de Don Santiago, los arrojaron de aquella rinconada y metieron à cuchilladas en casa de Sástago. No parò aquí el seguirles el alcance. Entran los nuestros à viva fuerza en su espaciosa luna, y à despecho del fuego atroz que les hacen de arriba, de fusiles y garnadas de mano, violentan la escala: atemorizada la chusma, huye precipitada por la espalda de la casa y el jardin, à internarse en San Francisco, por comunicacion que tenian abierta. Ciegos los nuestros de furor, y mas

7

sedientos de sangre, quando mas babian, no los pierden de vista hasta meterse en el corò de la iglesia, usando en todo este tránsito mas de la bayoneta y el cuchillo que del fuego. Desde aquí comienza un fuego tan horrendo contra la barreja que estava abaxo, que por espacio de dos horas no cesaron de sembrar el estrago en la misma Iglesia, hasta que dieron fin à los cartuchos. Y no siéndoles posible mantener el puesto, se retiraron muy ordenadamente, sin que nadie osase interceptarles el paso ni seguirles.

Esto es en general quanto acaeció en aquel memorable dia 4 de Agosto, sin que sea posible descender à acciones particulares de personas privadas, que no menos realizan la magnanimidad aragonesa: como la del Voluntario de Aragón, que habiéndoles mandado dexar las armas, y tomar algun descanso, corrió en seguida à San Francisco, se metió por la portezuela, y al primer gavacho que atrapò, lo sacò arastrando de las orejas al Coso, y se las cortò lo cosió despues à puñaladas. Tampoco infinitas mugeres en este dia se distinguieron de los hombres sino en el traje. La famosa Artilleria del Portillo anda muy engalanada con sus charreteras y prest correspondiente; y ha tenido el honor de recibir una visita del General ingles Doyle, con un estrecho abrazo del mismo, y una onza de oro en premio de su inaudito valor; que no solo se reduxo à disparar el cañon dos ò tres veces, sino toda aquella tarde de horror en que temblaron hasta los mas alentados; y à un Artillero que llegó à titubear, y à una muger que lo acompañó hasta la puerta, les amenazò atarlos à la rueda del cañon, si se desanimaban.

El honorable Doyle pasó revista el tr del coriente con nuestro Exemo. General à nuestras lucidissimas tropas, que se tendieron desde el Pòrtico hasta el monte Torrero en una gruesa columna. En lo mas alto del monte estaban tambien las valencianas sobre las armas, aunque bastante diminutas, y no por haberse batido con el enemigo. Gozòse el General inglés al ver tan florida y animosa juventud; muchos de los quales iban bendidos todavia por las gloriosas heridas de los choques antecedentes. Solo al ver nuestros incomparables Voluntarios, se lastimó de que no estuvieran mejor vestidos. Pero habiéndosele dicho el motivo, de que en el combate de Villamayor les quitò el enemigo el nuevo uniforme que

trajan, con la música, que fue lo único que perdieron; los consolidó diciéndoles, que bien presto se verían indemnizados con ventajas: y desde luego les ofreció 5000 duros, de que por entonces podía disponer; y nuestro General regalarles otra música. Y despues de haber visto à nuestras tropas, dió una vuelta à toda la ciudad: y pasmado de sus tapias (única fortaleza) exclamaba á cada punto: *Es posible que estos terrones de tierra hayan sido el lugar, donde se han estrellado los vencedores del continente!* Y al ver tanta casa destruída y tantos escombros en las calles, decia: *No podrá persuadirse en Londres, que una ciudad haya llegado à este extremo, sin escaparseles à ninguno de la boca la voz capitulacion.* Y en Santa Engracia y Hospital, al ver los fragmentos de tan gruesas paredes por el suelo, dixo: *Solo el Pueblo aragónes es capaz de comprar à tan caro precio su amada libertad.* Bien lo conoció Lefebre, y lo experimentó, quando menudeándosele los partes, despues que estaban sus tropas dentro de Zaragoza, le decian quàn caro les costaba abanzar un paso: *Peuple obstinée, dacia, il est faut faire la guerre de maison en maison, et de fenetre en fenetre.*

Entre tanto se trabaja incesantemente en organizar y exercitar la nueva tropa. A demás de otros Cuerpos, se crea un Regimiento completo de Granaderos de Aragon, cuyo uniforme es el mismo que el de los Voluntarios, à excepcion de que todos llevarán gorra. Estos los destina Palafox à Madrid, donde le piden gente nuestra, y son tan bellos mozos, que el de mas corta talla es de cinco pies y tres pulgadas.

Ya van desfilando otra vez los tercios à Cinco-Villas y fronteras de Navarra, y nuestro General se va à poner al frente de ellos. Lleva por Cuerpo de su guardia à los redentores de Zaragoza los Voluntarios. Acabamos de recibir noticia segura de que Llamas con diez mil està entre Borja, Tarazona y Agreda; que luego se le unirá Castaños con catorce mil en tres divisiones: que Cuesta y Blek, compuestas las divisiones que reynaban entre ambos por influxo de los Franceses, vienen de acuerdo con el exercito de Valencia y aragónes à echarse sobre Pamplona. Y segun se corre, este invierno se ha de sentar el Quartel general español en Bayona,